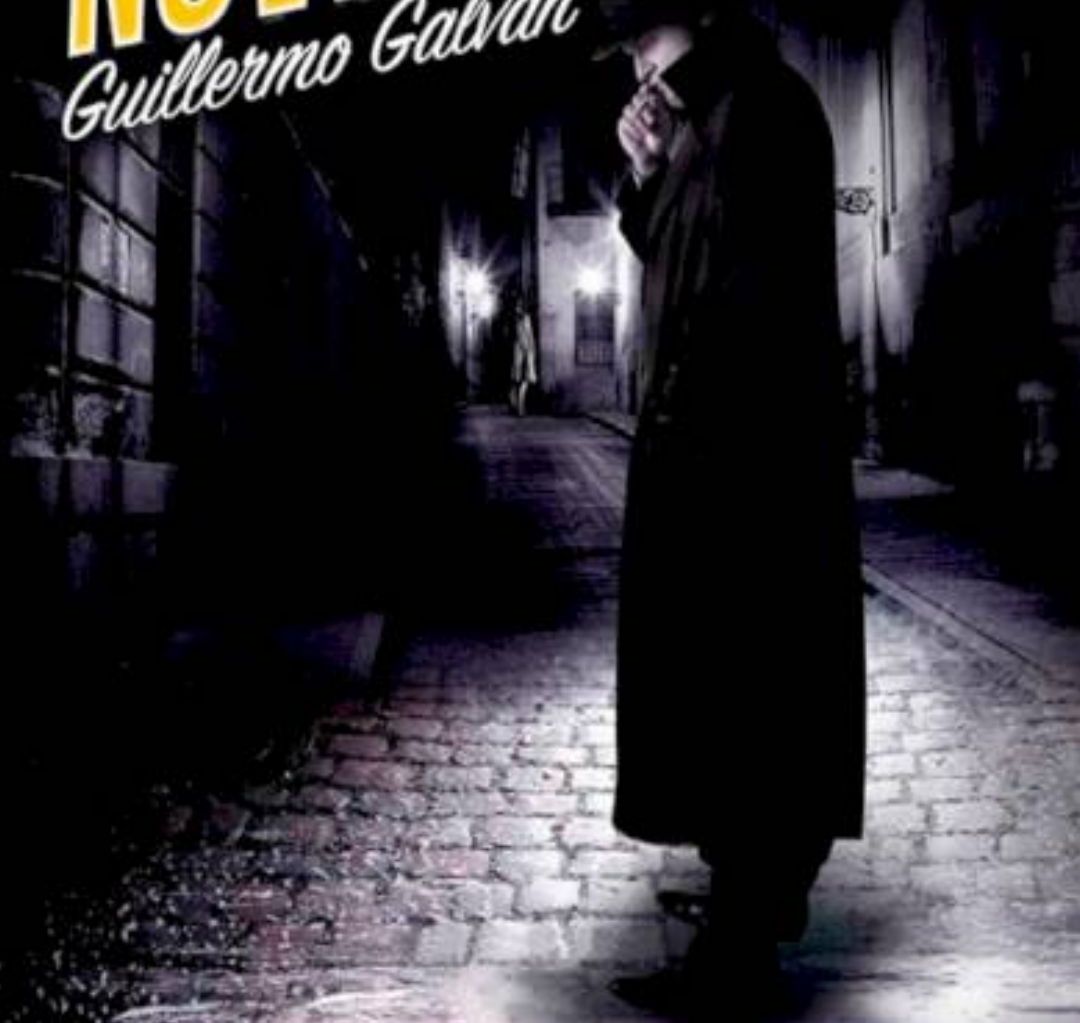


MORIR EN NOVIEMBRE

Guillermo Galván



Noviembre de 1942, el mundo arde en llamas y España, aún arrasada y en plena represión, es un nido de espías. Carlos Lombardi, de nuevo en Madrid, sobrevive como puede con su precaria agencia de detectives. No puede permitirse el lujo de rechazar ningún trabajo por lo que tiene que investigar y seguir a un misterioso viajante de comercio alemán. Nada puede apetecerle menos que volver a meter sus narices en los asuntos del Tercer Reich pero...

A su vez una aspirante a actriz de dudosa reputación aparece asesinada y la policía del estado no tiene mucho interés en investigar y descubrir que es lo que hay detrás. Por lo que Lombardi buscará la forma de hacer justicia viéndose atrapado en una sórdida trama de prostitución, cine y estraperlo. ¿Están conectados ambos casos?

Guillermo Galván regresa a la más dura posguerra española para traernos una novela negra en la que, de forma magistral, junta los géneros policíaco, histórico y de espionaje.

Índice de contenido

Kramer

La dama del lago

Viejos conocidos

Origen

Las ratas

Notas al margen

Sobre el autor

*Para ellas, las de obediente sonrisa y labios
sellados*

*Mala y engañosa
ciencia
es juzgar por las
apariencias.*

Refranero

Kramer

Desde su atalaya entre mármoles, los ojos de madera del Cristo de Medinaceli contemplan la reverente devoción de sus fieles, pocos a tan temprana hora. En uno de los bancos, alejados de las beatas enlutadas que monopolizan las primeras filas, dos hombres sentados musitan lo que bien podría ser una oración común. El de uniforme, con su gorra de plato sobre el regazo, juguetea con las yemas de los dedos sobre las tres estrellas de ocho puntas. El que viste de paisano acaricia las cuentas de un rosario de plata, pero tampoco reza.

–Lo importante es que todo esté preparado por si llega el momento. Sería imperdonable perder la oportunidad.

–Todo listo, descuide –asevera el coronel–. Saldrá bien, siempre que sus previsiones no se queden en agua de borrajas.

–Me aseguran que el proyecto sigue adelante.

–¿Ya hay fecha?

–Nadie sabe ni el día ni la hora –susurra el civil.

–Lástima.

–Mateo, 25:13.

–¡Ah! Era una cita bíblica.

–En la que el Salvador nos anima a permanecer vigilantes. Mírelo allá arriba, pendiente de nosotros: no nos quita ojo.

–Francamente, más que piedad, esa imagen me provoca escalofríos en la nuca –confiesa el oficial–. Me sucede

desde que la vi por primera vez cuando era un mocoso.

–No sea descreído, hombre. Confíe. Podría suceder en el momento más inesperado.

–Dios le oiga.

–Y que a ustedes los pille bien despiertos, mi coronel.

Sábado, 7 de noviembre de 1942

La mujer es menuda, de treinta y muchos años, quizá cuarenta. Morena, de facciones afiladas, nariz aguileña y labios finos, tiene los ojos grandes y tristes, rematados por unas ojeras que apenas consigue disimular con suave maquillaje. Viste un abrigo azul de entretiempo sobre una rebeca gris que deja ver una blusa discretamente estampada y una falda negra; un atuendo alejado de toda pretensión estilística que delata su clase social modesta. Ni siquiera luce bisutería en ropa, cuello o muñecas, y sus pendientes son tan diminutos que cuesta descubrirlos entre su media melena de peluquería barata, tal vez simplemente casera. Desde que se ha sentado frente a la mesa de Carlos Lombardi sujeta su bolso con ambas manos, como si temiera perderlo. Ha dicho llamarse Carmen Saavedra y necesitar los servicios de quien tiene delante.

Los clientes suelen estar más cómodos si se confían a un solo interlocutor y, además, tres personas son excesivas para repartirse el aire del cuartucho que Lombardi comparte con Andrés Torralba, de modo que el antiguo guardia de asalto se ha quedado en la sala común donde trabajan la secretaria y los otros cuatro agentes que completan la plantilla de la agencia Hermes cuando no andan pateando calles. Una vez a solas, el expolicía pone en marcha el protocolo.

–Antes de aceptar un caso, necesitamos conocer ciertos detalles. ¿Sería tan amable de explicarme el motivo de su preocupación?

–Un amigo mío lleva seis días sin dar señales de vida.

–¿Debería haberlas dado? Lo mismo está de viaje u ocupado en sus asuntos.

–No tenía ningún viaje previsto –rechaza ella con firmeza.

–Puede haberle surgido alguna urgencia.

–De ser así, me habría avisado.

–¿Por qué está tan segura?

–Siempre lo hace en estos casos.

–Bueno, vamos por partes. ¿Cómo se llama su amigo?

–Luis Kramer.

–Con ese apellido... ¿Es español? –pregunta mientras anota el dato en la libreta de mesa.

–No señor, es alemán.

–¿Alemán? –se sorprende Lombardi. Esa palabra le huele automáticamente a amenaza. Un súbdito del Reich desaparecido en España solo puede explicarse de dos maneras, y en ambos casos con la Gestapo de por medio: repatriado a la fuerza para ocupar plaza en un campo de castigo o directamente convertido en cadáver y arrojado a un basurero de las afueras. Puede haber una tercera: que haya tomado las de Villadiego y no tenga el menor deseo de que le hagan el favor de encontrarlo.

–De padre alemán y madre portuguesa –matiza ella–. Kramer Forcada, se apellida. Y el nombre es Ludwig, o como se diga en ese idioma. Aunque lleva aquí toda la vida, desde los seis o siete años, y todos lo llaman Luis. Como si fuera español.

–Pero no lo es. Así que le recomiendo que se dirija a la embajada alemana.

–Yo no sé manejar en esos sitios.

–A lo mejor la policía la saca a usted de dudas. Vaya a la comisaría de su barrio.

–La policía tiene mucho que hacer y no creo que me preste atención –alega ella con una mueca que pretende ser conmovedora–. Prefiero ponerlo en manos de un de-

tective. Ustedes se encargarán de todas esas gestiones, ¿verdad? A mí no me harían ni caso.

—Así trabajamos, señora Saavedra. Se lo decía porque una investigación de este tipo suele ser cara, y si usted...

—No me importa el precio. —La mujer abre el bolso y en su mano temblorosa aparece un cilindro de papel coloreado que coloca sobre la mesa: un grueso fajo de billetes enrollados y sujetos con una goma. Hay mucho dinero. No es de extrañar que abrace el bolso con ansia indisimulada.

—Por favor, guarde eso.

Carmen Saavedra obedece.

—Pero me ayudará, ¿verdad?

—Veremos qué se puede hacer. ¿Tiene una fotografía del señor Kramer?

De nuevo, las manos femeninas se sumergen en su pequeño cofre del tesoro y al cabo entrega una foto a su interlocutor, que alza las cejas, confuso, al observar lo que tiene delante. Es una foto tomada en un tingladillo de feria, de esas en las que metes tu cabeza en el agujero practicado en un panel de cartón piedra y apareces, según el escenario dibujado, como almirante en un destructor, vaquero del Oeste o directamente como asno de largas orejas con cara humana. En este caso, se trata de una composición humorística, aunque no poco ácida: un médico, una enfermera y un hombre en paños menores tumbado en una camilla; ella enjuga la frente sudorosa del doctor con un pañuelo mientras este corta la pierna del paciente con un serrucho.

—Usted es la enfermera —aventura por fin, una vez recuperado del impacto.

—Sí señor. El médico es mi marido, que en paz descanse; y el enfermo es el señor Kramer.

—¿Es la única foto que tiene? —Ella asiente en silencio—. ¿En qué año se hizo?

—En el treinta y uno, en la verbena de San Isidro.

Buenos tiempos, se dice él: con la República recién estrenada, las ferias, primero la de San Isidro y luego las del verano, lucían un jolgorio inaudito; las gentes se expresaban con vociferante alegría, como chiquillos, como si todo fuese nuevo, como si la vida acabase de empezar. ¿Dónde quedó aquello? Polvo y ceniza.

—Hace más de once años —alega para espantar afligidos recuerdos del pensamiento—. ¿Qué edad tiene hoy el señor Kramer?

—Cincuenta. O cincuenta y uno, me parece.

Lombardi observa las facciones del alemán. Un tanto rubicundo, tal vez castaño, de rostro redondo y ojos claros, nariz corta sobre un mostacho de apreciable densidad. Y mal actor, porque ni siquiera pone gesto dolorido ante la escabechina que le practican en la pierna.

—Aquí tenía alrededor de los cuarenta —deduce—. Supongo que habrá cambiado un poco desde entonces.

—No mucho, aunque se nota el paso del tiempo, claro. Tiene algunas entradas en el pelo, ha ganado algo de peso y ahora lleva gafas.

—¿De qué tipo?

—Con montura negra.

—¿Aún conserva este bigote a lo Bismark?

—No tan llamativo, pero sí.

—¿Estatura?

—Me saca cinco o seis dedos.

—Uno setenta como mucho —aventura él—. No es muy alto.

—Comparado con usted, desde luego que parecería bajito. ¿Pero lo va a investigar o no?

—Antes de responder a eso, háganme de sus relaciones, desde cuándo se conocen, a qué se dedica el señor Kramer. En fin, esta vieja foto demuestra una amistad antigua, pero necesito actualizarla.

Carmen Saavedra suspira antes de sumergirse en su relato; al principio se explica de forma precipitada y un

tanto inconexa, aunque cuando se le calienta la lengua parece hilar las frases con seguridad. Así conoce Lombardi que Carmen, madrileña, casó en el veintinueve con Domingo Cantueso, media docena de años mayor y tan madrileño como ella, empleado por entonces en un taller de electricidad, aunque con el tiempo acabó trabajando para la Compañía Telefónica como instalador de redes rurales y urbanas. Fue a través de su marido como conoció a Luis Kramer, que se ganaba la vida como representante de productos industriales de una empresa alemana, viajando siempre de acá para allá. La guerra les hizo perder el contacto, porque Kramer estaba entonces por Cádiz, donde triunfó la sublevación –aunque ella dice Alzamiento, como obediente sierva del Nuevo Estado–. El matrimonio quedó en Madrid, y Domingo Cantueso, como experto en telefonía, se integró en la unidad de transmisiones de una de las brigadas que defendían la plaza. A primeros de enero del treinta y siete, tras el rotundo fracaso de las tropas del general Varela a las puertas de la ciudad, los facciosos efectuaron un ataque envolvente contra Las Rozas, y en aquellos campos quedó para siempre el buen Domingo, dejando viuda, aunque no hijos.

–¿Pasó usted aquí la guerra? –interrumpe él.

–¿Y adónde iba a ir?

–Claro. Yo también estuve, como policía –confiesa, impelido por un vago sentimiento de solidaridad con la esposa de un defensor de Madrid y para reforzar en lo posible la confianza de la mujer ante quien se le revela como compañero de fatigas.

–¿Lo dejó?

–Me hicieron dejarlo, aunque sigo considerándome como tal. Pero, por favor, continúe.

En las fábricas de munición que no habían sido despanzurradas por los bombardeos trabajó Carmen durante los dos años siguientes, hasta que se consumó la derrota. A partir de ahí, hambre y frío, hambre y miedo, hambre y

humillación, aunque ella no se atreve a expresarlo con tanta sinceridad y crudeza ante un desconocido. A mediados del cuarenta, Luis Kramer volvió a su vida. Lloró por Domingo, se preocupó por ella y la sostuvo económicamente hasta que la viuda, poco después, encontró trabajo en una mercería, de lo que sobrevive desde entonces. La relación entre ambos, sin ser estrecha, ha sido recuperada, e incluso se ha establecido cierta vinculación de tipo laboral, ya que Carmen se ocupa de limpiar la casa de Kramer una vez por semana, labor que él abona muy por encima del precio de mercado. Ella ha protestado esta desmesura, pero el alemán trabaja ahora como corredor de seguros y sus desahogados ingresos no le permiten ver en la indigencia a la viuda de su mejor amigo, a la que tiene como una especie de protegida.

—Eso dice él, pero la humildad no es indigencia, ¿no cree usted?

—No lo es, señora Saavedra —corroboraba Lombardi, preguntándose cómo casa esa humildad con el fajo de billetes que guarda en su bolso. No pueden ser ahorros de su etapa de casada, porque el dinero republicano solo es basura. Tal vez Luis Kramer la premia muy por encima de lo que ella confiesa—. ¿Y qué relación los une hoy?

—Somos amigos, ya se lo he dicho.

—Si atiende usted su casa es de suponer que vive solo. ¿También es viudo?

—Soltero. Nunca se casó.

—Ya.

—¿Qué significa ese «ya»? —pregunta ella con una mueca de desagrado.

—Nada de particular: una muletilla. ¿Por qué lo dice?

—Porque me parece que se está haciendo usted una idea muy equivocada de mi relación con el señor Kramer.

—Le ruego me disculpe si he dado lugar a ese equívoco. En todo caso, no es asunto mío lo que puedan tener

una viuda y un soltero, a menos que sea importante para la investigación.

–¿Eso quiere decir que acepta investigarlo?

El detective hace una pausa de unos segundos y alza la vista al techo, como si madurase la decisión. Pero solo es escenografía: el caso parece interesante, aunque mucho más por la mujer que por el presunto desaparecido.

–De acuerdo –acepta por fin–. Debe depositar doscientas pesetas para cubrir la primera semana y los gastos iniciales.

Ella vuelve a sepultar su mano en el bolso y rasca durante unos instantes. Saca varios billetes por valor del montante solicitado y los dispone sobre la mesa: con alegría, como si esa cantidad, equivalente a más de la mitad del salario mensual de un funcionario medio, no significase el menor sacrificio para una mujer que ni siquiera alcanzará esa cifra en la mercería donde dice trabajar.

–No, a mí no –rechaza él en tono paternal–. Entréguelo ahí fuera, a la secretaria. Ella le extenderá un recibo. Y, por favor, no vaya enseñando ese dineral por ahí si no quiere tener un disgusto.

La mujer recoge el dinero y se incorpora, dispuesta a cumplir con la liturgia contractual. Lombardi la frena:

–Un momento, que todavía tenemos que completar algunos datos. Su domicilio, por si necesitamos entrar en contacto con usted. –Carmen dicta y él apunta–. ¿Número de teléfono?

–No puedo permitirme esos lujos.

–Domicilio del señor Kramer...

–Calle Montalbán, 13. Quinto derecha.

–¿Tampoco tiene teléfono?

–Sí que lo tiene, pero no sé el número. Nunca me he visto en la necesidad de llamarlo.

–Muy bien. ¿Cuándo fue el último día que vio al señor Kramer?

–El domingo pasado.

Lombardi consulta su calendario de mesa y anota en la libreta: primero de noviembre.

–¿En su casa de Montalbán?

–Sí.

–¿Los domingos adecenta usted el piso?

–No tengo día fijo. Lo decidimos sobre la marcha.

–Y no le comentó nada sobre un posible viaje.

–Nada en absoluto, porque no pensaba viajar ni nada parecido.

–Y cuando limpia usted la casa, ¿siempre está él?

–A veces. Otras, trabaja.

–Lo que significa que dispone usted de una llave del piso.

–Sí señor.

–¿Ha visitado su domicilio desde el domingo pasado?

–Fui el jueves a última hora. Habíamos quedado en vernos esa tarde, pero no acudió a la cita. Pensé si estaría enfermo. Llamé, nadie contestó y entré. No estaba.

–¿Notó algo extraño en la casa, algo que le llamase la atención?

–No, todo era normal.

–Pues tendré que hacer una visita al domicilio del señor Kramer. En su compañía, claro.

–¿Entrar en su casa? –duda la mujer–. No sé si debería...

–Naturalmente que debe –zanja él cualquier objeción al respecto–. Si quiere que actuemos, tiene que facilitarnos la investigación. ¿A qué hora le parece bien?

–¿Hoy? –Carmen Saavedra consulta su minúsculo reloj de pulsera–. La verdad es que me toca cerrar la mercería. Ya tendría que estar allí, que llevo media tarde fuera.

–¿Prefiere mañana?

–Sí, mejor mañana, que es domingo y tengo libre.

–En ese caso, por la tarde, si no le importa –sugiere él–. Esta noche tengo trabajo y no voy a pegar ojo. Dedicaré la mañana del domingo a dormir.

—Pues por la tarde.

—¿A las siete en el portal? No me importa esperar si se retrasa.

La viuda frunce los hombros como gesto de asentimiento. Él se pone en pie y da por concluida la entrevista con un apretón de manos antes de acompañar a la clienta a la mesa de secretaría. Mientras ella se entretiene con las formalidades, Lombardi anota el nombre y la dirección de la mujer y entrega disimuladamente la hoja a Torralba, que se aburre en un rincón con los pasatiempos del periódico.

—Un informe lo más completo sobre ella —susurra—. Y ande con ojo, que la señora lleva lo menos dos mil pesetas en el bolso.

Torralba asiente sin palabras y hace mutis antes de que Carmen Saavedra haya podido reparar en él.

De vuelta al despacho, marca el número de Balbino Ulloa. Su antiguo jefe, renegado de la República en los últimos meses de la guerra, es en cierto modo su avalista, porque consiguió sacarlo de Cuelgamuros hace casi un año para investigar un caso sin cerrar que les había traído de cabeza durante el asedio a Madrid, y además se las ha arreglado para mantenerlo fuera, a la espera de un indulto que, a pesar de los rumores sobre su inminencia, se resiste a llegar. Tras ocupar el puesto de secretario del Director General de Seguridad, los cambios ministeriales lo han llevado al gabinete del Jefe Superior de Policía de Madrid con un ascenso a la categoría de comisario de tercera. Y quién mejor que él para saber si en la última semana se ha producido algún hecho que sugiera relación con el desaparecido Luis Kramer. Cualquier anomalía de orden público en las provincias de su competencia pasa, tarde o temprano, ante los ojos de Ulloa, que asume de buen grado la petición de auxilio de su antiguo pupilo.